

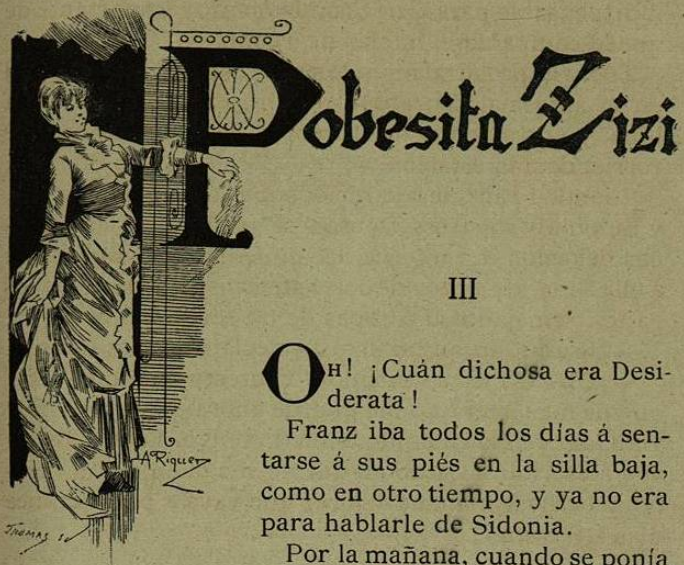
Éste se excusó con viveza. Su presencia en París era indispensable para cierta comisión muy importante de que la compañía lo había encargado.

Todavía procuraban retenerlo, cuando estaba ya él en la antesala, cruzaba el jardín á la claridad de la luna, y entre todos los rumores de Asnières, se fué corriendo á la estación.

Cuando Franz desapareció, subió Risler á su cuarto, y Sidonia y mistress Dobson se pusieron á las ventanas del salón. La música del inmediato casino llegaba á ellas con los gritos de los bateleros y el ruido de los bailes, semejante al compás de un sordo tamboril.

— He aquí un quitagustos — decía mistress Dobson.

— ¡Oh! Ya está vencido — contestó Sidonia — sólo que es menester que me guarde ahora, pues seré muy vigilada, y esto en cuidado me lo tengo. Está celoso, y voy á escribir á Cazaboni que no venga en algún tiempo, y tú dirás mañana á Jorge que vaya á pasar quince días á Savigny.



III

O h! ¡Cuán dichosa era Desiderata!

Franz iba todos los días á sentarse á sus piés en la silla baja, como en otro tiempo, y ya no era para hablarle de Sidonia.

Por la mañana, cuando se ponía á trabajar, veía entreabrirse sua-

vemente la puerta.

— ¡Buenos días, señorita Zizi!

Franz la llamaba siempre así ahora por su nombre de niña.

¡Y si hubiérais oído con qué gracia se lo decía!...

¡Buenos días, señorita Zizi!

Por la noche los dos juntos esperaban á *papá*, y mientras ella trabajaba, le hacía él la narración de sus viajes.

— ¿Qué tienes? No eres la misma — le decía su madre, sorprendida de verla tan alegre y sobre todo tan bulliciosa. — Lo cierto es que, en vez de permanecer como antes hundida en su poltrona como una abuela, levantábase á cada instante la cojita, iba á la ventana en un vuelo como si tuviera alas, se ejercitaba en estar

de pié, bien derecha, preguntando en voz baja á su madre:

—¿No es verdad que no se echa de ver nada, cuando no ando?

De su linda cabeza, á que había reducido hasta entonces el adorno y la elegancia, extendíase ya su coquetería á toda su persona, como sus sedosos y ondeantes cabellos, cuando se los dejaba sueltos. Y es que ahora se había vuelto muy coqueta y bien que todos lo notaban. Hasta los pajarillos y las moscas para modas se resentían ventajosamente de esta transformación.

¡Oh! sí, Desiderata Delobelle era dichosa. Hacía algunos días que Franz Risler hablaba de ir al campo todos juntos, y como el padre, siempre tan bueno y generoso, consintió en dar á la familia un día de asueto, fuéronse allá todos cuatro un domingo por la mañana.

¡Qué tiempo tan hermoso aquel día! Cuando Desiderata abrió su ventana á las seis, cuando en la bruma matinal vió el sol ardiente ya luminoso y pensó en los árboles, en los prados, en los caminos, en toda aquella prodigiosa naturaleza que no había visto en tanto tiempo, se le arrasaron de lágrimas los ojos. El tañido de las campanas, los ruidos de París que subían ya de las calles, la alegría del domingo, esa fiesta del pobre, que esclarece hasta las mejillas de los carboneros, toda la aurora de aquella mañana excepcional fué saboreada por ella larga y deliciosamente.

La víspera por la noche le había llevado Franz una sombrilla con puño de marfil, y con esto se había arreglado la cojita un traje que parecía hasta elegante, y era sencillísimo, como convenía á una pobre enferma que quería pasar sin que la vieran. Y no es demasiado decir que la pobre enferma estaba encantadora.

Á las nueve en punto llegó Franz con un coche de alquiler y subió á avisar a sus convidados. La señorita

Zizi bajó ella sola con mucha coquetería y sin vacilación ninguna, apoyándose en la baranda; madama Delobelle iba detrás de ella vigilándola, y el ilustre actor con su paletó al brazo se adelantó con Franz para abrir la portezuela.

¡Oh! qué buena carrera en coche, y qué bellissimo paisaje, el río, los árboles, las blancas casitas!...

No le preguntéis dónde era. Desiderata no lo ha sabido nunca. Solamente os dirá que el sol era más brillante allí que en ninguna otra parte, los pájaros más canoros, los bosques más poblados, y ciertamente no mentirá.

Siendo muy niña había gozado algunas veces estos días de aire libre y largos paseos campestres; pero luego, el trabajo constante, la miseria, la vida sedentaria, tan grata á los enfermos, la habían tenido como enclavada en el viejo arrabal de París donde vivía, cuyos altos tejados, las rejas de las ventanas, las chimeneas de las fábricas, destacándose con sus ladrillos nuevos de los pardos muros de los palacios históricos, le formaban un horizonte siempre igual y suficiente. Mucho tiempo hacía que, en materia de flores, no conocía más que los volúbilis de su ventana, ni en punto de árboles más que las acacias de la fábrica Fromont, entrevistas de lejos y á través del humo.

Figuraos, pues, cuánto sería su alborozo cuando se vió en medio del campo.

Ligera, animada de todo su placer y juventud, iba de sorpresa en sorpresa, batiendo palmas, dando gritos de pájaro, y los arranques de su ingenua curiosidad disimulaban la vacilación de su defectuoso paso. Positivamente este defecto no se echaba de ver mucho: fuera de que Franz estaba allí siempre para sostenerla, dándole la mano, solícito, enternecido, cuando había que salvar algún paso. Sino que aquel día maravilloso hubo de pasar fugaz como una visión.

Á la caída de la tarde, cuando á la orilla del bosque y á la luz crepuscular, vió las blancas sendas que cruzaban el campo, el río como una faja de plata y allá lejos, en el intermedio de dos colinas, la confusión de tejados grises, y cúpulas y flechas que le dijeron era París, abarcó de una mirada y guardó en un rincón de su memoria la imagen de todo aquel paisaje florido y perfumado de amor y oxiacantos de junio, como si nunca jamás hubiera de verlo otra vez.

El ramo que la cojita trajo de aquel gratisimo paseo, perfumó su habitación por espacio de ocho días. En él se mezclaban con los jacintos y violetas una multitud de florecitas anónimas, esas flores de los humildes que las semillas volantes hacen nacer en todas partes á orillas de los caminos.

Contemplando aquellas diminutas corolas de color azul pálido ó rosa fuerte, todos aquellos delicados matices que inventaron las flores antes que los coloristas, muchas veces rehizo Desiderata su paseo, durante estos ocho días. Las violetas le recordaban la blanda alfombra de musgo en que las había cogido, mezclando sus dedos con los de Franz. Estas grandes flores acuáticas fueron cogidas al borde de una zanja empapada aún en las lluvias de invierno, y para cogerlas tuvo que agarrarse bien al brazo de Franz. Todos estos recuerdos le caían en mientes á vueltas de su labor. Mientras tanto, el sol que entraba por la ventana abierta hacía resplandecer las plumas de los colibríes. La primavera, la juventud, los cantos, los perfumes transfiguraban aquel triste taller de quinto piso, y decía seriamente Desiderata á su madre, aspirando el olor del ramo de su amigo:

—¿Has observado, mamá, qué bien huelen las flores este año?

Y el mismo Franz comenzaba á sentirse bajo el influjo del misterioso encanto. Poco á poco, la *pobesita*

Zizi se iba enseñoreando de su corazón, desalojando de él hasta el recuerdo de Sidonia. Verdad es que el pobre justiciero ponía por su parte todo lo posible. No la dejaba á sol ni á sombra; á todas horas hallábase á su lado, muy bien hallado por cierto, apegándose á ella como un niño. Ni una sola vez se había atrevido á volver á Asnières: la otra le daba todavía mucho miedo.

—Pero vé allá, hombre; Sidonia te reclama y con todo su derecho — le decía Risler, cuando Franz iba á verlo á la fábrica.

Pero Franz se mantenía firme, pretextando toda clase de negocios y quehaceres para aplazar siempre á mañana su visita, mañana que no llegaba nunca. Esto era fácil con Risler más que nunca ocupado en su *estampadora*, que había ya comenzado á funcionar.

Siempre que Franz bajaba del cuarto de su hermano, espiábalo el viejo Sigismundo al paso y aun salía á su encuentro con sus mangotes de lustrina, su pluma y cortaplumas en la mano, para poder tenerlo al corriente de las cosas de la fábrica, que, dicho sea en verdad, iban al parecer mejor que antes. Jorge Fromont iba regularmente á su despacho y todas las noches iba á dormir á Savigny. No se presentaban ya facturas de perifollos en caja, y hasta parecía que la consabida señora estaba también más sosegada.

El cajero triunfaba.

—¿Lo ves, Franz? No hice sino muy bien en avisarte. Ha bastado tu venida para que todo vuelva á entrar en orden. Sin embargo — añadía llevado de su costumbre — sin embargo... no tengo confianza.

—No hay que temer, Mr. Planus; aquí estoy yo — decía á su vez el justiciero.

—No partirás todavía ¿eh, amigo Franz?

—Todavía no... todavía no... Tengo que terminar aún cierto negocio... muy importante.

— Tanto mejor.

El negocio muy importante de Franz era su casamiento con Desiderata Delobelle. De él no había hablado aún á nadie, ni siquiera á ella; pero la señorita Zizi debía sospechar algo, pues cada día estaba más alegre y linda, como si previera que iba á llegar muy pronto el momento de necesitar toda su alegría y toda su belleza.

Solos estaban en el taller una tarde de domingo. La madre acababa de salir, muy orgullosa de mostrarse una vez del brazo de su grande hombre, y dejando á Franz con su hija para hacerle compañía.

Esmeradamente vestido, con cierta apariencia de fiesta en toda su persona, tenía Franz aquella tarde una fisonomía singular, tímida y resuelta á la vez, enternecida y solemne, y sólo en el modo cómo la silla baja fué á ponerse junto á la butaca, comprendió la butaca que se le iba á hacer una confidencia muy grave, si bien ya sospechaba ella un tanto lo que pudiera ser.

La conversación comenzó por palabras indiferentes, interrumpidas á menudo por largas pausas de silencio, á la manera que de camino se detiene uno al término de cada jornada para recobrar aliento y seguir hasta llegar al término del viaje.

— Hace buen tiempo hoy.

— Sí, muy bueno.

— Nuestro ramo huele siempre bien.

— ¡Oh! muy bien.

Y sólo al pronunciar palabras tan sencillas, temblaba de emoción la voz de los amantes, que tomaban aliento para entrar luego en el asunto principal.

En fin, la silla baja se acercó más á la butaca; y cruzando sus miradas y entrelazando los dedos de sus manos, los dos amantes se llamaron por sus nombres en voz baja y apasionada y trémula.

— Desiderata...

— Franz...

En este punto llamaron á la puerta.

Era el golpecito de una mano pulidamente calzada, que teme ensuciar su guante al más leve contacto.

— ¡Adelante!—dijo Desiderata, sin poder disimular un ligero movimiento de impaciencia.

Y bella, elegante, coqueta, amabilísima, apareció bajo el dintel madama Risler... Sidonia.

Iba á ver á su antigua amiga Zizi, á darle de paso un abrazo, como quiera que, después de tanto tiempo, era natural su buen deseo.

La presencia de Franz hubo de sorprenderla mucho al parecer, y dada enteramente al alborozo de hablar con su amiga, apenas convirtió á él sus ojos.

Después de las efusiones, de los recuerdos del tiempo pasado, quiso ver la ventana del rellano de la escalera, el antiguo alojamiento de Risler, como quien gustara de hacer revivir así toda su primera juventud.

— ¿Se acuerda usted, Franz, de cómo entraba en su cuarto la princesa Colibrí, con la cabeza erguida y su diadema de plumas de pájaros?

Franz guardó silencio: estaba muy conmovido para poder contestar. No sé qué le advertía que por él, sólo por él, había ido allí aquella sirena, que quería recobrarlo, impedir que fuera de otra; y el desgraciado presentía con terror que para ello no tendría que hacer grandes esfuerzos. Con sólo verla entrar, sintió ya subyugado el corazón.

Desiderata, por su parte, no sospechaba nada. Parecía Sidonia tan franca, tan leal... Después de todo, ahora eran hermanos Sidonia y Franz: no había nada que temer, siendo ya imposible entre ellos el amor.

Con todo eso, no dejó de estremecerla un vago presentimiento de su desgracia, cuando Sidonia, ya en la